

entrevisto al salir de una alcaicería, y otras tareas así. En cambio aumentó mi soldada, pues de quince pesos subió á cincuenta, que se me pagaban con cargo á no sé qué partida de no sé qué presupuesto.



CAPITULO VIII.

Armas y letras, batallas y diplomacia

PERO nuestro placer no era completo: desde hacía dos meses teníamos en el Puente de San Antonio, á seis ó siete leguas de la capital, una división de las tres armas que el gobierno mandaba para combatir la plaza.

Un día y otro día se anunciaba que iba á tomar el mando Miñón, que exprofeso venía desde Tehuantepec; pero ni Miñón llegaba, ni el ataque se emprendía, ni el aspecto bélico que Guadalajara había revestido desaparecía un punto. Por donde quiera fosos, fortines de madera, calles interrumpidas y retenes y soldados con aspecto de perdonavidas.

Por fin, el 24 de Diciembre se avistaron exploradores,

y el 25 las tropas se posesionaron de los arrabales. Ese día, domingo por cierto, mandó hacer el jefe sitiador un alarde en los campos de San Pedro, y revistó dos mil hombres de infantería, veinte piezas de grueso calibre y trescientos caballos.

Los muchachos andábamos de aquí para allá, embriagándonos en aquella atmósfera de ruido, de color y de fanfarronada, mientras los prudentes se escondían en el interior de sus casas, rogando á Dios no consintiera se desencadenara sobre la ciudad de Guadalajara aquel tremendo nublado.

Por la noche ya durmieron arma al brazo nuestros centinelas, que en los días anteriores no habían dejado de descuidar las trincheras. Precisamente visitaban Uraga y Blancarte todos los puntos fortificados, que abarcaban un perímetro de dos leguas y media, cuando Urbano Gómez, Vigil, Cruz Aedo y yo, les vimos pasar por la plazuela del Hospicio.

El General en jefe iba de todo uniforme, bien sentado en los estribos de su caballo bayo-lobo; Blancarte, que como se había improvisado Coronel y revolucionario, se había improvisado también táctico y hombre de gabinete, oprimía (ésta es la palabra), oprimía los lomos de un caballo rosillo que se conocía estaba agobiado por el enorme peso del cuerpo del antiguo sombrerero. Les seguía una comitiva muy lucida de oficiales de todas armas y otra no



Por la noche durmieron ya arma al brazo...

tan importante, pero sí más numerosa, de chiquillos desarrapados que gritaban vivas á los jefes y á Santa Anna, y mueras á Arista, á López-Portillo, y á Miñón.

Al amanecer del día siguiente supimos que el sitiador había establecido su cuartel general en el Hospicio, y pasamos la mañana en incertidumbre y dudas. Por la tarde don Juan me llamó á su posada, me recibió de pie, agitado y nervioso, y sin esperar á que le saludara me dijo apresurado:

— Ya sé que usted es hombre capaz de cualquier servicio y que me tiene ley; pero querría saber si no tiene miedo de estar donde suenen las balas, y si en caso ofrecido podría meterse á ellas.

Nunca había tenido nada que ver con guerras ni con guerreros, y aun mi ambición se cifraba en algo más alto que recibir un proyectil durante una refriega; pero como la pregunta venía tan de sopetón, repentinamente también contesté, que aunque nunca me había puesto á prueba, creía no tener miedo á nada en el mundo.

Sonrióse Suárez, y, ya de buen talante, dispuso fuera á ponerme á las órdenes del Coronel Blancarte, que estaba acuartelado en San Felipe para defender ese punto.

Sin tardanza hice lo que me ordenaban, y cabalmente llegué cuando el oficial saludaba á la guardia, que contestaba al consabido «¿quién vive?» diciendo unos «La federación», otros «El excelentísimo señor General Santa

Anna» y otros «El excelentísimo señor Arista.» Así andaba de uniformada la opinión.

Blancarte se encontraba en la portería de los oratorianos, me recibió con afabilidad rústica, me invitó á sentarme y leyó con grandes trabajos la carta que le presenté.

— Ah, ¿conque usted es el *escribano* que me envía el compañero Suárez? Siéntese y hablaremos. No se trata de entrarle á los *confitazos*, sino sólo de llevar nota de todo lo que pase para referirlo á su tiempo. Porque triunfaremos, no cabe duda que triunfaremos; pero bueno es que se conozca punto por punto para que se vea cómo nos portamos.

Esa noche dormí en la celda de un lego gigantesco llamado Fray Carlos, que según parece era pariente muy cercano de mi patrón Suárez.

A las once, cuando descansaba á pierna suelta, me despertó el ruido sordo del cañón, que tronaba al otro extremo de la ciudad. Miñón atacaba el rumbo de Santa María de Gracia, y el fuego graneado de fusilería era incesante. Nuestra gente estaba sobre las armas; pero como á la una cesó el fuego y pareció que todo entraba en quietud. El Coronel mandó á un ayudante á informarse del resultado del ataque, y entonces supimos que se habían introducido dos columnas, una contra San Francisco y otra contra Santa María de Gracia; que mientras la infantería invadía el Puente de Medrano, por San Fernando y

Molino de Joya, penetraban sendos batallones para forzar los reductos de Morelos y Matamoros y meterse á la huerta del convento de San Francisco. Se habían ido escarmantados, al menos por aquella noche, y no había temor de que repitieran el asalto, que les había costado como doscientos hombres entre muertos y heridos.

Pasamos sin novedad todo el 27; pero á las tres de la madrugada del día siguiente sentimos un ruido espantoso, algo como si se hubiera derrumbado la esbelta torre de la iglesia inmediata. Era un cañonazo asestado desde el Hospicio, aunque con tan mala puntería que pasó muchas varas distante del coloso de piedra y fué á perderse en las llanuras del occidente de la ciudad.

Pero no pudimos hacernos ilusiones por mucho tiempo; tras éste vinieron otros y otros proyectiles que caían unas veces en los edificios, otras mataban transeuntes pacíficos y otras causaban incendios que á duras penas podían apagarse, porque los sitiadores habían cortado el agua.

Yo poco veía; encaramado en la linternilla de la torre contemplaba cuando salían las balas, daba la señal y sonaba la campana, que servía para que los soldados se inclinaran y no recibieran el cañonazo.

Blancarte se multiplicaba; aquí ordenaba cómo se debían tapar las brechas, allí alentaba á un herido, en la otra parte daba providencias para tener la pólvora á salvo de una explosión, y en todos los lugares estaba listo,

activo, atento, mesándose los cabellos por no tener artillería, disponiendo el atrincheramiento de todas las manzanas inmediatas.

El día siguiente, no sólo jugaron los cañones, sino también la fusilería; se inició un ataque en la línea de Santa María de Gracia á Jesús María, y don José, que no aguardaba otra cosa, ordenó violentamente una salida.

Yo, sin tener intenciones de pelear, y lo que es mejor, sin grado ni categoría ningunos, monté en un caballo, el primero que me dieron, y en unión de tres militares seguí á Blancarte. Nuestros soldados estaban tendidos en las aceras, ocupaban los

fortines, y desde allí hacían fuego á los contrarios, á quienes sólo se conocía por la cantidad de balas de fusil que disparaban.

En un balcón estaba un hombre con un catalejo en las manos. Se le dirigían todos los tiros, lo rodeaba la muerte como una vestidura adherida á su cuerpo, y él no



se movía sino para hacer señas á alguien que no se lograba ver. Aquel hombre era Severo del Castillo.

A poco un tiro de cañón hizo un portillo en el fortín de tablas y vigas, vimos caer á tres hombres y ponerse á salvo casi todos los defensores. Un oficial atezado de color, con paño de sol en la nuca, empezó á blandir la espada repartiendo planazos á diestro y siniestro.

— ¡Arriba, valientes, arriba! ¡Muera el tirano Arista! ¡Mueran los moderados!

Apenas había conseguido que subieran algunos hombres, cuando se oyó un estruendo redoblado; eran tres piezas de batir que hablaban al unísono y que en un momento habían deshecho el endeble tinglado, dejando el campo lleno de muertos y heridos.

No pudo resistir aquello don José María, que guardaba á sus espaldas á los *guías de Jalisco* y á la *legión de Julio*. Se afirmó en los arzones, volteó violentamente, con ademán de rabia dijo no sé qué blasfemias para excitar la ira de aquella turba, y adelante.

No tuvieron las piezas tiempo de seguir disparando; tan brusca fué nuestra acometida. Llevaron nuestros soldados en triunfo la artillería, con mulas y atalajes, seguimos á paso de carga y pronto nos encontramos con los otros, que retrocedieron violentamente dejándonos prisioneros y armas.

Digo nos dejaron; pero más exacto sería decir que no

supe lo que me pasó en aquellos instantes. Sentí miedo, sentí que un cosquilleo me recorría desde el estómago á las corvas, impidiéndome tenerme á caballo, me olvidé del sable que llevaba en la mano y sólo ví pasar gentes montadas y á pie, y oí una voz que salía de unos labios rodeados de grandes barbas, decirme al oído: «Amigo, va descolorido como un pan de cera.»

Entonces me vino á las mientes la idea de donde me encontraba; recordé que podía recibir un confitazo de los que disparaban los que huían y me rehice violentamente; el instinto me decía que si me quería defender tenía que ofender, y violentamente empuñé mi sable para herir á alguien.

Felizmente los contrarios iban de huída; los habíamos seguido hasta el convento de Santa Mónica y mesón de la Palma, y nos replegábamos por orden del General á nuestras antiguas posiciones.

Conoció Uraga que el enemigo hacía hincapié en la posesión de San Felipe, y allí reconcentró hasta novecientos hombres de infantería y los tres cañones ganados el día anterior.

La del alba sería cuando oímos nuevo cañoneo; pero esta vez más nutrido que nunca. Los frailes del Oratorio, que eran dos viejos valetudinarios que recorrían su casa como palominos atontados, habían expuesto al Divinísimo y rezaban á voz en grito implorando la piedad del Señor.

Nosotros habíamos tenido soplo de que en aquella mañana se trabaría la lucha definitiva, y de que el enemigo había reconcentrado en contra nuestra sus mejores elementos. Camargo estaba destinado á asaltar á San Felipe, Calderón sostendría el movimiento y cuidaría del flanco izquierdo del enemigo, y Castillo dirigiría el cañoneo y bombardeo.

Aguardamos á que la luz apareciera, y cuando ya era de día nos lanzamos como un alud; ya nos aguardaban dos batallones en las esquinas inmediatas, y nos seguían á retaguardia las piezas.

Rebasamos nuestras fortificaciones, seguimos caminando y nada vimos; quizás los contrarios estuvieran en alguna altura, quizás nos esperaran agazapados tras de alguna esquina. No se oía sino el tintinear de las espuelas y el sonar de las argollas de los fusiles que llevaban los infantes en las manos.

Pero pronto se calmó nuestra ansiedad; allí estaban, á ciento cincuenta metros, tendidos de bruces, resguardados en los vanos de puertas y ventanas; distinguíamos los detalles de sus uniformes, las facciones de los rostros de los que se encontraban al frente: hacia la derecha un oficialillo joven, que se atusaba el bigote rubio; hacia la izquierda un capitán gordo que arreglaba su montura y que violentamente se puso á caballo; luego una innumerable sucesión de rostros morenos que daban, al menos esa era

la impresión del momento, la idea de un pulpo formidable.

Seguimos avanzando; una voz, y todos los contrarios llevan sus fusiles á la cara; otra voz en nuestro campo, é idéntico movimiento. De pronto suena una salva y nos oculta á los contrarios el humo de la pólvora.

La lucha empieza; pero los otros, que tenían dispuestas para ella las casas vecinas, se meten y nos fusilan sin piedad, al mismo tiempo que arrojan piedras desde la azotea.

Retrocedo violentamente y me hallo separado de Blancarte. Suenan tiros á diestra y siniestra, siento que vacila mi caballo y lo veo caer, teniendo apenas el tiempo necesario para sacar el pie del estribo.

De repente me encuentro á pie y sin armas, busco la salida lleno de terror y veo un oficial que me tiende su pistola, diciéndome con toda calma: «Amigo, si usted estuviera como yo, quién sabe si no tendría tanto miedo.»

Lo miro; pero no tengo tiempo de preguntar qué le pasa y de qué procede ese charco de sangre en que se halla; ya estoy al otro extremo de la calle, mirando á los míos que rompen puertas y ventanas y que penetran á las casas matando é hiriendo.

Todavía quedan muchos soldados nuestros que no han entrado en fuego. ¡Adelante, adelante! Seguimos avanzando yo no sé cuánto tiempo, oyendo silbar balas y viendo caer compañeros.

¿Cuántos somos? No puedo distinguir sino una turba de hombres sin chacós ni sombreros, pálidos con la palidez característica de los trigueños, negros los labios de tanto morder cartuchos.

De pronto, entre el estruendo aquel, oigo una voz que sale de una casa.

—¿Aquí estás, caga-tinta, huizachero desgraciado? ¡Aquí te quería encontrar para beberte la puerca alma!

Me detuve y vi á un mancebo como de veinticinco años, pálido, contoda la barba, empuñando un sable en una mano y en la otra un mosquete.

Le vi que salía por la puerta y comprendí que venía resuelto á matarme. También yo me sentí lleno de odio contra él. Aquello sí que me tocaba, aquello sí que era mío y me llegaba á lo vivo.

—También yo te quería hallar, Ventura de los diablos. ¡Vente, que yo soy quien te va á matar!

Y en aquel muchacho simbolicé los odios de todos aquellos que querían acabar unos con otros. ¡Qué Santa Anna ni qué Arista! Allí había algo más que planes y política que no entendía; había el amor de mi alma, la dicha de mi vida en jaque y frente á frente de quien me las quería arrebatarse!

Y embestí con rabia de bruto, de primitivo, de salvaje, contra aquel amigo queridísimo con quien había desdeñado pelear en otra vez, sólo porque en ésta me

dominaba el contagio de la locura común y colectiva.

Me tiró un tajo y arrojó el pesado armatoste que traía en la otra mano: le disparé un tiro de pistola y vi con goce canibalesco que caía revolcándose en su sangre. Allí le dejé para asistir al combate más desesperado, al más tremendo frenesí que podía pensarse. Eran luchas cuerpo á cuerpo, luchas personales en que los fusiles se utilizaban como mazas, en que se hacía uso de los dientes y de las uñas, en que se hería al amigo pensándose que se dañaba al contrario.

Oímos al cabo un clarín que llamaba á retirada, y abandonamos aquel campo en que dejábamos cadáveres con los intestinos de fuera, armas dispersas, caballos y caballeros en confusión.

Ya era tiempo; había durado el combate cuatro horas y estábamos extenuados hasta la inanición. Habíamos avanzado hasta Belem, el Santuario y Santo Domingo, y los del gobierno iban de corrida.

El 6 de Enero, herido y lleno de despecho, levantó Miñón el sitio, y quedamos nosotros orgullosos de haber vencido al gobierno y de haber salídonos con la nuestra.

López-Portillo declaró que prescindía de sus pretensiones legales; pero de nada le valió ante la justicia de Uruga, quien dispuso en un decreto que con los bienes de los comprometidos contra la revolución, debían fundarse



Allí le dejé para asistir...

bancos con cuyos fondos se había de socorrer á los perjudicados por la guerra.

El veinte, acompañado por mi patrono Suárez y algunos oficiales, salió de Guadalajara el General triunfador. Excusado es decir que yo formaba en el número de los del cortejo y que me hallaba como niño con zapatos nuevos ante la perspectiva de conocer la famosa ciudad de los palacios, que adornaba en mi imaginación con tales galas, que mal año para Quivira y Samarcanda.

Por donde quiera que pasábamos éramos recibidos en palmitas, recitándosenos sin cesar el mismo tema: que íbamos (digo *íbamos* como el mosquito que desde la carreta que transitaba por un camino polvoso, decía para su agujón «qué polvareda vamos levantando»), que íbamos á regenerar el país, á establecer la paz, á poner en su sitio á los malditos extranjeros que tanta mano habían tenido en el gobierno anterior, á hacer feliz á la República y á cambiar la faz del mundo.

En cada posta de la diligencia nos salían á recibir los notables del pueblo: el presidente municipal, el jefe político, el recaudador de contribuciones, el maestro de escuela, y después de echarnos, sobre todo al General, una rociada de incienso que nos sofocaba, hacían sus peticiones, encaminadas á demostrar que la gente de viso, seria, honrada y amiga del nuevo orden de cosas, era la que estaba presente, y no las infectas familias López, Arroyo,

Martín y demás que no habían concurrido á la manifestación y que se distinguían por su sospechoso moderantismo.

En Tlaxochimaco mi padre salió á darnos la bienvenida, y el pobre estaba tan satisfecho y engreído con mi presencia entre aquel grupo selecto, que casi, casi se inclinaba á abjurar su liberalismo rabioso, pues se figuraba que aquella revuelta era cosa mía, y que la había hecho para demostrar mi grandísimo talento y para dar un reproche al torpe del mayorazgo, que se había considerado deshonorado si me daba su hija.

El cual mayorazgo apareció por allí, y me tendió la mano con tan buena gracia, que me las prometí muy felices de su amabilidad. A Trini no pude hablarla, porque hacía dos meses que vivía en la hacienda, en compañía de la madre: allá las habían sorprendido las *pixcas*, y la estancia se venía prolongando más de la cuenta.

Algunas veces, mientras cerraba los ojos, aletargado por la siesta, sorprendía entre Suárez y el General, diálogos que me ponían los pelos de punta, porque me demostraban que faltaba todavía el rabo por desollar en el asunto aquél en que estábamos metidos.

— Sí, decía Uraga, es cierto que usted y los amigos me han traído á este negocio; pero no dude que empezando los arreglos tendré que dejar el campo á otros más dichosos y que llenarán de incienso al que viene. Yo no sé adular, amigo Suárez, yo no sé fingir ni plegarme á los

dictados del que manda. Por eso Santa Anna me hizo el terrible desaire que usted sabe, y Arista me relevó del mando de fuerzas que yo había criado y disciplinado, poniéndome á Severo del Castillo. Así, pues, tan pronto como vea al grande hombre instalado en el Palacio nacional, renuncio al mando, tomo el camino de mi finquita de campo y dejo que otros hagan dichosa esta patria que yo amo tanto.

— Pero, General, ¿qué está usted diciendo? exclamaba Suárez meloso y lleno de aspavientos; ¡si el señor Santa Anna cuenta, como debe contar, con la entereza, el valor civil, el talento clarísimo y la instrucción de usted! No hay que darle vueltas; usted será nuestro Ministro de la Guerra y no sabemos si algo más andando los tiempos.

— No, contestaba el otro; yo ya acabé mi carrera, y es en vano querer llamarme con reclamos amistosos. Créame, don Juan, el prestigio que usted me concede, la corta instrucción que he acumulado, mi habilidad ó mi suerte para obtener éxitos lisonjeros, tienen en contra cosas terribles: se me llama traidor, se dice que me vendo al mejor postor, y todo eso no es cierto. Usted conoce á este viejo Pepe, á este amigo leal á quien la suerte persigue sin tregua, y sabe bien que es víctima de indignas maquinaciones y de tremendos artificios.

— Nada me diga, General, nada me diga, que esos

pesimismo van á desaparecer pronto, Dios mediante. Y luego, que la gran obra que usted acometió no está concluída. Ciertamente hemos vencido al infame Arista; pero aun nos quedan Rebolledo con sus pretensiones de organizar un territorio en Orizaba; Mazatlán, pronunciado; Zacatecas, sufriendo con las depredaciones de los indios y con los salteadores de caminos; San Luis Potosí, donde el asesinato de don Julián de los Reyes ha dejado á aquella gente desmoralizada y falta de bríos; Bravo y Álvarez, en actitud casi hostil en Guerrero; Aguascalientes con las pretensiones de formar una nueva entidad; y todo revuelto, disgregado, falto de nervio y de fe, con dificultades hacendarias, medrosos los capitales é impotente el gobierno.

— Pues, amigo, no hay más que establecer á toda prisa la federación, porque la cosa urge.

— Al contrario, mi General, al contrario; hay que unir en vez de separar; ya me lo decía hace poco el señor General Santa Anna: «Yo no puedo permitir que los congresos sigan aniquilando al pueblo; yo no quiero que la maldita federación vuelva á resucitar de sus cenizas, ni quiero esas farsas de abogadillos tramposos que han imperado á la sombra de instituciones detestables.»

— Parece mentira; pero en esas cosas también sigo la teoría de mi ilustre jefe: este país necesita el gobierno de uno solo, y palos á diestra y siniestra.

— En cambio yo no opino así: hay que apretar, pero no ahogar. Yo, usted lo sabe bien, he pensado siempre que aquí se necesita un brazo fuerte; pero usted me lo perdona, ese brazo no puede ser el del soldado de Veracruz, que aquí tiene poderosos enemigos. Vendría mejor un jefe tan bien querido, que aplacara todos los odios; tan hábil, que supiera atraerse todas las voluntades; tan valiente, que mantuviera á raya á todos los disidentes; tan instruído, que en el extranjero se le viera con respeto, y tan lleno, en fin, de cualidades, que operara la fusión de todos los partidos.

— Pues échese usted, señor General, á buscar ese monstruo, y no le hallará ni con la linterna de Diógenes. Y á no ser que mi querido amigo don José López Uruga se decidiera á hacer á un lado sus escrúpulos, no sé quién pudiera servir para esos altísimos fines.

Replicaba el otro amostazado, insistía adulator don Juan, y todo terminaba con estar acordados en que aquí se necesitaba pedir á Dios pusiera muchísimo tiento en las manos del que había de tocar el pandero gubernamental.

Como aquí todo se ha arreglado con planes y pronunciamientos; como en aquellos benditísimos tiempos cada polícastro se figuraba tener el secreto de la salvación del país, mediante un documento en que se ordenara á los mexicanos ser justos y felices, á cada parada de la dili-

gencia teníamos un comisionado que llegaba reventando caballos para proponer á Uruga unas veces llamar á Santa Anna, otras prescindir de Santa Anna, algunos gobernar mediante el terror y otros mandar por la blandura.

El primero que llegó, con pretexto de felicitar al General y llevarle las enhorabuenas de sus amigos de México, fué el Padre don Francisco Javier Miranda, á quien después conocí mucho, cuando conspiraba contra los liberales con una fecundidad y agudeza de ingenio de que hay pocos ejemplos.



EL P. D. FRANCISCO JAVIER MIRANDA

Llevaba el bueno del Padre, á lo que dijeron entonces, un plan conservador que valía lo que pesaba de oro; y aunque después negó su participación en el infundio, parece que era verdad su embajada.

Uruga se dejaba querer y gustaba de figurar como el pacificador de la nación; pero Suárez, que no era lerdo, no quiso comprometerse y tomó el camino de México en mi sola compañía.

Después supimos que Uruga había encomendado un

nuevo arreglito al Licenciado don Antonio Escoto, que no le había satisfecho y se había calentado los sesos por varios días con una exposición que le dirigieron de México, y que por fin se había puesto al habla con el Coronel Robles, hombre de Arista y jefe de todas las tropas que habían estado á las órdenes de Miñón, que andaban entonces como el alma de Garibay.

Resultado del convenio fué un planecito en que se dejaba subsistente el del Hospicio; pero quitándole todo cuanto lo constituía; se llamaba á Santa Anna y al mismo tiempo se le dejaba de fuera de cuadro; se establecía la república y se proclamaba la más desenfrenada y espantosa dictadura. En fin, que tenía razón aquel que decía que las bellas artes eran cinco: música, poesía, pintura, escultura y arquitectura, de la cual la parte más hermosa y principal se llamaba *pastelería*.

¡Y vaya si eran pasteleros los autores de aquel enjuague!

En cambio, el Catón, el romano recto, el caballero de la libertad, el soldado del pueblo, Uruga, abdicaba de todas sus tradiciones y se ponía de parte de los pícaros que querían acabar con las leyes.

Siempre me pareció un ambiciosillo vulgar ese marracho, á quien tenían sus amigos por un Napoleón en ciernes.

Por fin, después de anegarnos en el Bajío, de contem-

plar el Carmen de Celaya, de saltar en las piedras de los Llanos del Cazadero, de ser robados por el fondista de San Juan del Río y de despeñarnos en Tula, llegamos á México tal día como el 28 de Enero de 1853.



CAPÍTULO IX

La ciudad de los palacios... por hacer

RODRÍA haber dicho que el gozo me reventaba por las cinchas del caballo, si no fuera que no caminaba sino en coche; mi impaciencia era tanta, que no dejaba un punto de sacar la cabeza por la portezuela, como explorando el horizonte. Pero si se exceptúa algunas vacas tísicas que pastaban á la vera del camino, muchos carros y cabalgaduras y grandes columnas de polvo, absolutamente nada percibía.

Á poco entramos en unas callejuelas torcidas con casucas insignificantes, habitadas por viejas sucias, muchachos mugrosos y léperos borrachos. Iba el coche deshaciendo los montones de basura, atascándose en los baches del camino, bordeando las atarjeas, ahuyentando